

Dalo

Alexandra Idornetto



Halo



Halo

Alexandra Adornetto

Traducción de Santiago del Rey

Rocaeditorial

Título original: *Halo*
© 2010, Alexandra Adornetto
First published by Feiwel and Friends,
an imprint of Macmillan Children's Publishing Group.

Primera edición: agosto de 2010

© de la traducción: Santiago del Rey
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por EGEDSA
Rois de Corella, 12-16, nave 1
08205 Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-9918-173-8
Depósito legal: B. 29.308-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

« ¡Habla otra vez, oh, ángel luminoso!
En la altura esta noche te apareces
Como un celeste mensajero alado
Que, en éxtasis, echando atrás la frente,
Contemplan hacia arriba los mortales.»

William Shakespeare, *Romeo y Julieta*

«Allí donde miro ahora
Me veo rodeada de tu abrazo,
Mi amor, y vislumbro tu halo,
Tú eres mi gracia y salvación.»

Beyoncé, *Halo*

1

Descenso

Nuestra llegada no salió del todo según lo planeado. Recuerdo que aterrizamos casi al alba, porque las farolas todavía estaban encendidas. Teníamos la esperanza de que nuestro descenso pasara inadvertido y así fue en gran parte, con una sola excepción: un chico de trece años que hacía su ronda de reparto justo en aquel momento.

Circulaba en su bicicleta con los periódicos enrollados como bastones en su envoltorio de plástico. Había niebla y el chico llevaba una chaqueta con capucha. Parecía jugar consigo mismo un juego mental consistente en calcular el punto exacto a donde iría a parar cada lanzamiento. Los periódicos aterrizaraban en las terrazas y los senderos de acceso con un golpe sordo y el chico esbozaba una sonrisa engréida cada vez que acertaba. Los ladridos de un terrier desde detrás de una cerca hicieron que levantara la vista y advirtiera nuestra llegada.

Miró hacia arriba justo a tiempo para ver una columna de luz blanca que se retiraba ya entre las nubes, dejando en mitad de la calle a tres forasteros con aire de espectros. Pese a nuestra apariencia humana, algo vio en nosotros que le sobresaltó: tal vez porque nuestra piel era luminosa como la luna o porque nuestras holgadas prendas estaban desgarradas por el turbulento descenso. O tal vez fue nuestro modo de mirarnos los miembros, como si no supiéramos qué hacer con ellos, o el vapor que nos humedecía el pelo. Fuera cual fuese la razón, el chico perdió el equilibrio, se desvió de golpe y cayó con su bicicleta en la zanja de la cuneta.

Se incorporó trabajosamente y permaneció paralizado

unos segundos, como vacilando entre la alarma y la curiosidad. Extendimos las manos hacia él los tres a la vez, creyendo que sería un gesto tranquilizador, pero se nos olvidó sonreír. Cuando recordamos cómo se hacía, ya era demasiado tarde. Mientras hacíamos contorsiones con la boca intentando sonreír como es debido, el chico giró sobre sus talones y salió corriendo. Tener un cuerpo físico nos resultaba extraño aún: había demasiadas partes que controlar al mismo tiempo, como en una máquina muy compleja. Yo me notaba rígidos los músculos de la cara y de todo el cuerpo; las piernas me temblaban como a un bebé dando sus primeros pasos, y los ojos no se me habían acostumbrado a la amortiguada luz terrenal. Vi- niendo como veníamos de un lugar deslumbrante, las sombras nos resultaban desconocidas.

Gabriel se aproximó a la bicicleta, cuya rueda delantera seguía girando, la enderezó y la dejó apoyada en una valla, convencido de que el chico volvería a recogerla luego.

10 Me lo imaginé entrando bruscamente por la puerta de su casa y relatándoles la historia a trompicones a sus padres atónitos. Su madre le despejaría el pelo de la frente y comprobaría si tenía fiebre. Su padre, aún con legañas, haría un comentario sobre la capacidad para confundirte que tiene la mente ociosa.

Encontramos la calle Byron y recorrimos su acera, irregular y desnivelada, buscando el número quince. Nuestros sentidos se veían asaltados desde todas direcciones. Los colores del mundo nos resultaban vívidos y muy variados. Habíamos pasado directamente de un mundo de pura blancura a una calle que parecía la paleta de un pintor. Aparte del colorido, todo tenía su propia forma y textura. Sentí el viento en los dedos y me pareció tan vivo que me pregunté si podría alargar la mano y atraparlo; abrí la boca y saboreé el aire fresco y limpio. Noté un olor a gasolina y a tostadas chamuscadas, combinado con el aroma de los pinos y la intensa fragancia del océano. Lo peor de todo era el ruido: el viento parecía aullar y el fragor de las olas estrellándose contra las rocas me resonaba en la cabeza como una estampida. Oía todo lo que ocurría en la calle: un motor arrancando, el golpeteo de una puerta mos-

quitera, el llanto de un niño y un viejo columpio chirriando al viento.

—Ya aprenderás a borraréte de la mente —dijo Gabriel, casi sobresaltándose con su voz. En casa nosotros nos comunicábamos sin lenguaje. La voz humana de Gabriel, según acababa de descubrir, era grave y suave al mismo tiempo.

—¿Cuánto tiempo hará falta? —Percibí con una mueca el estridente chillido de una gaviota. Mi propia voz era tan melódica como el sonido de una flauta.

—No mucho —respondió Gabriel—. Es más fácil si no te empeñas en combatirlo.

La calle Byron se iba empinando y alcanzaba su punto más alto hacia la mitad de su trazado. Y justo allá arriba se alzaba nuestro nuevo hogar. Ivy se quedó encantada en cuanto lo vio.

—¡Mirad! —gritó—. Hasta tiene nombre.

La casa había sido bautizada igual que la calle y las letras de BYRON aparecían con elegante caligrafía en una placa de cobre. Más tarde descubriríamos que todas las calles colindantes llevaban nombres de poetas románticos ingleses: Keats Grove, calle Coleridge, avenida Blake... Byron iba a ser nuestro hogar y nuestro santuario durante nuestra existencia terrestre. Era una casa de piedra arenisca cubierta de hiedra que quedaba bastante apartada de la calle, tras una verja de hierro forjado y un portón de doble hoja. Tenía una hermosa fachada simétrica de estilo georgiano y un sendero de grava que iba hasta la puerta principal, cuya pintura se veía desconchada. El patio estaba dominado por un olmo majestuoso, y alrededor crecía una enmarañada masa de hiedra. Junto a la verja había una auténtica profusión de hortensias y sus corolas de color pastel temblaban bajo la escarcha de la mañana. Me gustó aquella casa: parecía construida para resistir todas las adversidades.

—Bethany, pásame la llave —dijo Gabriel.

Guardar la llave había sido la única misión que me habían encomendado. Tanteé los hondos bolsillos de mi vestido.

—Tiene que estar por aquí —aseguré.

—No me digas que ya la has perdido, por favor.

—Hemos caído del cielo, ¿sabes? —le dije, indignada—. Es muy fácil que se te pierdan las cosas.

Ivy se echó a reír de repente.

—Las llevas colgadas del cuello.

Di un suspiro de alivio mientras me quitaba la cadenita y se la tendía a Gabriel. Cuando entramos en el vestíbulo vimos que la casa había sido preparada concienzudamente para nuestra llegada. Los Agentes Divinos que nos habían precedido habían cuidado de todos los detalles sin reparar en gastos.

Allí todo resultaba luminoso. Los techos eran altos, las habitaciones espaciosas. Junto al pasillo central había una sala de música a mano izquierda y un salón a la derecha. Más al fondo, un estudio daba a un patio pavimentado. La parte trasera era un anexo modernizado del edificio original y contenía una amplia cocina de mármol y acero inoxidable que daba paso a un enorme cuarto de estar con alfombras persas y mullidos sofás. Unas puertas plegables se abrían a una gran terraza de madera roja. Arriba estaban los dormitorios y el baño principal, con lavabos de mármol y bañera hundida. Mientras nos movíamos por la casa, el suelo de madera crujía como dándonos la bienvenida. Empezó a caer una lluvia ligera y las gotas en el tejado de pizarra sonaban como los dedos de una mano delicada tocando una melodía al piano.

12

Esas primeras semanas las dedicamos a hibernar y a orientarnos un poco. Evaluamos la situación, aguardamos con paciencia mientras nos adaptábamos a aquella forma corporal y nos fuimos sumergiendo en los rituales de la vida diaria. Había mucho que aprender y, desde luego, no era nada fácil. Al principio, dábamos un paso y nos sorprendía encontrar suelo firme bajo nuestros pies. Ya sabíamos que en la Tierra todo estaba hecho de materia entrelazada con un código molecular que producía las distintas sustancias —el aire, la piedra, la madera, los animales—, pero una cosa era saberlo y otra experimentarlo por ti misma. Estábamos rodeados de barreras físicas. Teníamos que movernos sorteándolas y tratar de evitar al mismo tiempo la sensación de claustrofobia. Cada vez que tomaba un objeto, me detenía maravillada a considerar su función. La vida humana era muy complicada; había máquinas

para hervir el agua, enchufes que conducían la corriente eléctrica y toda clase de utensilios en la cocina y el baño pensados para ahorrar tiempo y proporcionar comodidad. Cada cosa tenía una textura distinta, un olor diferente: era como una fiesta para los sentidos. Saltaba a la vista que Ivy y Gabriel habrían deseado librarse de todo aquello y regresar al gozoso silencio, pero yo disfrutaba de cada detalle y de cada momento por mucho que a veces me resultara un poco abrumador.

Algunas noches recibíamos la visita de un mentor sin rostro y con túnica blanca, que aparecía sin más sentado en una butaca del salón. Ignorábamos su identidad, pero sabíamos que actuaba como mensajero entre los ángeles de la tierra y los poderes superiores. Iniciábamos entonces una sesión informativa durante la cual exponíamos los problemas de la encarnación física y obteníamos respuesta a nuestras preguntas.

—El casero nos ha pedido documentos de nuestra residencia anterior —dijo Ivy durante el primer encuentro.

—Nos disculpamos por el descuido. Nos ocuparemos de ello, dalo por hecho —respondió el mentor. Todo su rostro se hallaba velado, pero al hablar desprendía nubecillas de niebla blanca.

—¿Cuánto tiempo se supone que ha de pasar para que entendamos nuestros cuerpos del todo? —quiso saber Gabriel.

—Eso depende —dijo el mentor—. No tendrían que ser más que unas pocas semanas, a menos que os resistáis al cambio.

—¿Qué tal les va a los demás emisarios? —Ivy parecía inquieta.

—Algunos, como vosotros, se están adaptando todavía a la vida humana, y otros ya se han lanzado directamente a la batalla —contestó el mentor—. Hay algunos rincones de la Tierra plagados de Agentes de la Oscuridad.

—¿Por qué me da dolor de cabeza el dentífrico? —pregunté yo. Mi hermano y mi hermana me echaron un vistazo con aire severo, pero el mentor permaneció imperturbable.

—Contiene una serie de ingredientes químicos muy potentes para matar las bacterias —dijo—. En una semana esos dolores de cabeza deberían haber desaparecido.

Cuando terminaban las consultas, Gabriel e Ivy se quedaban siempre a charlar aparte y yo no dejaba de preguntarme qué sería lo que yo no podía escuchar.

El primer y principal desafío era cuidar de nuestros cuerpos. Eran frágiles. Precisaban alimentos y también protección frente a los elementos externos; el mío más que el de mis hermanos porque yo era joven. Aquélla era mi primera visita y no había tenido tiempo de desarrollar ninguna resistencia. Gabriel había sido un guerrero desde el albor de los tiempos e Ivy había recibido una bendición especial y poseía poderes curativos. Yo era mucho más vulnerable. Las primeras veces que me aventuré a dar un paseo, regresé tiritando porque no había caído en la cuenta de que no llevaba ropa adecuada. Gabriel e Ivy no sentían el frío, aunque sus cuerpos también requerían mantenimiento. Al principio nos preguntábamos por qué nos sentíamos desfallecidos a mediodía; sólo luego comprendimos que nuestros cuerpos precisaban comidas regulares. Preparar la comida era aburridísimo y, al final, nuestro hermano Gabriel se ofreció gentilmente a encargarse de ello. Había una buena colección de libros de cocina en la biblioteca y tomó la costumbre de estudiarlos detenidamente por las noches.

14

Reducíamos nuestros contactos humanos al mínimo. Hacíamos la compra a horas intempestivas en Kingston, un pueblo más grande que quedaba al lado, y no le abríamos la puerta a nadie ni cogíamos el teléfono si llegaba a sonar. Dábamos largos paseos cuando los humanos estaban encerrados tras las puertas de sus casas. A veces íbamos al pueblo y nos sentábamos en la terraza de un café para observar a los transeúntes, aunque fingíamos estar absortos en nuestra propia charla para no llamar la atención. La única persona a la que nos presentamos fue el padre Mel, el sacerdote de Saint Mark's, una pequeña capilla de piedra caliza situada junto al mar.

—Cielos —dijo al vernos—. Así que habéis venido al final.

Nos gustó el padre Mel porque no nos hacía preguntas ni nos pedía nada; simplemente se sumaba a nuestras oraciones. Confiábamos en que, poco a poco, nuestra sutil influencia en el pueblo hiciera que la gente volviera a conectarse con su es-

piritualidad. No esperábamos que se volvieran fieles practicantes y que acudieran a la iglesia todos los domingos, pero queríamos devolverles la fe y enseñarles a creer en los milagros. Con que se limitaran a entrar en la iglesia, de camino al supermercado, para encender un cirio, ya nos contentaríamos.

Venus Cove era una soñolienta población costera: el tipo de lugar donde todo sigue siempre igual. Nosotros disfrutábamos su tranquilidad y nos aficionamos a pasear por la orilla, normalmente a la hora de la cena, cuando la playa estaba casi desierta. Una noche fuimos hasta el embarcadero para contemplar los barcos amarrados allí, pintados con colores tan llamativos que parecían sacados de una postal. Hasta que llegamos al final del embarcadero no vimos al chico solitario que había allí sentado. No podía tener más de diecisiete años, aunque ya era posible distinguir en él al hombre en el que habría de convertirse con el tiempo. Llevaba unos pantalones cortos de camuflaje y una camiseta blanca holgada y sin mangas. Sus piernas musculosas colgaban del borde del embarcadero; estaba pescando y tenía al lado una bolsa de arpillera lleno de cebos y sedales. Nos detuvimos en seco al verlo, y habríamos dado media vuelta en el acto si él no hubiera advertido nuestra presencia.

—Hola —dijo con una franca sonrisa—. Una noche agradable para caminar.

Mis hermanos se limitaron a asentir sin moverse del sitio. A mí me pareció que era muy poco educado no responder y di unos pasos hacia él.

—Sí, es cierto —dije.

Supongo que aquél fue el primer indicio de mi debilidad: me dejé llevar por mi curiosidad humana. Se presumía que debíamos relacionarnos con los humanos, pero sin entablar amistad con ellos ni dejar que entraran en nuestras vidas. Y yo ya estaba en aquel momento saltándome las normas de la misión. Sabía que debía quedarme callada y alejarme sin más, pero lo que hice, por el contrario, fue señalar con un gesto los sedales.

—¿Has tenido suerte?

—Bueno, lo hago para divertirme —dijo, ladeando el cubo

para mostrarme que estaba vacío—. Si pesco algo, lo vuelvo a tirar al agua.

Di otro paso hacia delante para verlo más de cerca. Su pelo, castaño claro, tenía un brillo lustroso a la media luz y le oscilaba con gracia sobre la frente. Sus ojos, claros y almendrados, eran de un llamativo azul turquesa. Pero lo que resultaba del todo fascinante era su sonrisa. O sea que era así como había que sonreír, me dije: sin esfuerzo, de modo espontáneo y decididamente humano. Mientras seguía observándolo, me sentí atraída hacia él por una fuerza casi magnética. Sin hacer caso de la mirada admonitoria de Ivy, di un paso más.

—¿Quieres probar? —me dijo, percibiendo mi curiosidad, y me tendió la caña.

Estaba devanándome los sesos para encontrar una respuesta adecuada cuando Gabriel respondió por mí:

—Vamos, Bethany. Hemos de volver a casa.

Sólo entonces advertí el modo formal que tenía Gabriel de hablar, comparado con el del chico. Las palabras de Gabriel parecían ensayadas, como si estuviera representando la escena de una obra de teatro. Eso era probablemente lo que él sentía. Sonaba igual que los personajes de esas viejas películas de Hollywood que había visto en la investigación previa.

—Quizás otro día —dijo el chico, captando el tono de Gabriel. Yo me fijé en las arruguitas que se le formaban en el rabillo de los ojos al sonreír. Algo en su expresión me hizo pensar que se estaba riendo de nosotros. Me alejé a regañadientes.

—Eso ha sido muy grosero —le dije a mi hermano cuando el chico ya no podía oírnos. Me sorprendí a mí misma al decirlo. ¿Desde cuándo nos preocupaba a los ángeles dar una impresión de frialdad? ¿Desde cuándo había confundido yo los modales distantes de Gabriel con la pura y simple grosería? Él estaba hecho así: no se sentía a sus anchas con los humanos, no entendía su modo de ser. Y no obstante, yo le estaba reprochando precisamente su falta de rasgos humanos.

—Hemos de andarnos con cuidado, Bethany —me explicó, como si le hablara a una cría desobediente.

—Gabriel tiene razón —añadió Ivy, que siempre se aliaba

con nuestro hermano—. Todavía no estamos preparadas para mantener contactos humanos.

—Yo sí —dije.

Me volví para echarle un último vistazo al chico. Aún seguía mirándonos y sonriendo.

Carne

18 Cuando me desperté por la mañana, el sol entraba a raudales por las ventanas y se derramaba sobre el suelo de pino de mi habitación. Las motas de polvo bailaban frenéticamente en las franjas de luz. Me llegaba el olor a salitre; reconocía los chillidos de las gaviotas y el rumor de las olas rompiendo contra las rocas. Contemplaba los objetos de la habitación, que había acabado haciendo míos y ya me resultaban familiares. Quien se hubiera encargado de decorarla lo había hecho con una idea bastante definida de su futura ocupante. Había cierto encanto adolescente en los muebles blancos, en la cama de hierro con dosel y en el papel de la pared, con su estampado de capullos de rosa. El tocador, también blanco, tenía dibujos florales en los cajones. Había una mecedora de mimbre en un rincón y, junto a la cama, pegado a la pared, un delicado escritorio de patas torneadas.

Me estiré y sentí el tacto de las sábanas arrugadas contra mi piel; su textura era todavía una novedad para mí. En el lugar de donde veníamos no había objetos ni texturas. No necesitábamos nada físico para vivir y, por lo tanto, no había nada. El Cielo no era fácil de describir. Algunos humanos podían tener a veces un atisbo, surgido de los rincones más recónditos de su inconsciente, pero era muy difícil definirlo. Había que imaginarse una extensión blanca, una ciudad invisible sin nada material que pudiera captarse con los ojos, pero que aun así constituyera la visión más hermosa que se pudiera concebir. Un cielo como de oro líquido y cuarzo rosa, con una sensación permanente de ingravidez y ligereza: aparentemente vacío, pero más majestuoso que el palacio más espléndido de

la tierra. No se me ocurría nada mejor para intentar describir algo tan inefable como mi anterior hogar. El lenguaje humano, la verdad, no me tenía muy impresionada; me parecía absurdamente limitado. Había demasiadas cosas que no podían decirse con palabras. Y ése era uno de los aspectos más tristes de la vida de la gente: que sus ideas y sentimientos más importantes no llegaban a expresarse ni a entenderse casi.

Una de las palabras más frustrantes del lenguaje humano, al menos por lo que yo sabía, era «amor». Tantos significados distintos vinculados a esa palabra diminuta.¹

La gente la manejaba alegremente tanto para referirse a sus posesiones y a sus mascotas como a sus lugares de vacaciones o su comida favorita. Y acto seguido aplicaban la misma palabra a la persona que consideraban más importante de sus vidas. ¿No resultaba insultante? ¿No debería existir otro término para definir una emoción más profunda? Los humanos estaban obsesionados con el amor: desesperados por establecer un vínculo con una persona a la que pudieran referirse como su «media naranja». Por la literatura que yo había leído, daba la impresión de que estar enamorado significaba convertirse prácticamente en el mundo entero para la persona amada. El resto del universo palidecía y se volvía insignificante en comparación. Cuando los amantes se hallaban separados, caían en un estado de honda melancolía y, al volver a reunirse, sus corazones empezaban a palpitar de nuevo. Sólo cuando estaban juntos podían apreciar de verdad los colores del mundo. De lo contrario, todo se desteñía y se volvía borroso y gris.

Permanecí en la cama preguntándome por la intensidad de aquella emoción tan irracional y tan indiscutiblemente humana. ¿Y si el rostro de una persona se volvía tan sagrado para ti que quedaba grabado de modo indeleble en tu memoria? ¿Y si su olor y su tacto te llegaban a resultar más preciosos que tu propia vida? Desde luego, yo no sabía nada del amor humano,

1. *Love* es un término más usual que *amor* y abarca una gran variedad de sentidos, bien como sustantivo («cielo», «cariño»), bien como verbo («gustar», «encantar», «complacer», «querer»).

pero la idea misma me había resultado siempre intrigante. Los seres celestiales fingían entender la intensidad de las relaciones humanas; pero a mí me parecía asombroso que los humanos permitieran que otra persona se adueñara de sus mentes y de sus corazones. No dejaba de resultar irónico que el amor pudiera avivar en ellos la percepción de las maravillas del universo, cuando al mismo tiempo restringía toda su atención a la persona amada.

Los ruidos de mis hermanos trajinando abajo, en la cocina, interrumpieron mi ensueño y me arrancaron de la cama. ¿Qué sentido tenían mis divagaciones, a fin de cuentas, cuando el amor humano les estaba vedado a los ángeles?

Me envolví en un suéter de cachemir para abrigarme y bajé descalza las escaleras. En la cocina me recibió un aroma tentador a tostadas y café. Me complacía descubrir que me estaba adaptando a la vida humana: sólo unas semanas atrás esos olores me habrían dado dolor de cabeza e incluso náuseas. Pero ahora había empezado a disfrutar la experiencia. Flexioné los dedos de los pies, recreándome en el suave tacto del suelo de madera. Ni siquiera me importó demasiado tropezarme —medio dormida como estaba— con la esquina de la nevera y darme un golpe en el dedo gordo. La punzada de dolor sólo sirvió para recordarme que era real y que podía sentir.

—Buenas *tardes*, Bethany —dijo mi hermano en plan de guasa, tendiéndome una taza de té humeante. La sostuve una fracción de segundo más de la cuenta antes de dejarla y me quemé los dedos. Gabriel notó cómo me estremecía y frunció el ceño. Eso me recordó que, a diferencia de mis dos hermanos, yo no era inmune al dolor.

Mi forma física era tan endeble como cualquier otro cuerpo humano, aunque yo era capaz de curarme las heridas menores, como cortes y fracturas. Ésa había sido una de las cosas que habían preocupado a Gabriel en primer lugar cuando fui escogida. Sabía que él me consideraba vulnerable y que pensaba que toda la misión podía resultar demasiado peligrosa para mí. Me habían elegido porque yo estaba más en sintonía con la condición humana que los demás ángeles: yo me preocupaba por los humanos, me identificaba con ellos y procura-

ba comprenderlos. Tenía fe en ellos, lloraba por ellos. Tal vez se debía a que era joven: había sido creada hacía sólo diecisiete años mortales, cosa que equivalía a la primera infancia en años celestiales. Gabriel e Ivy llevaban siglos en activo; habían librado múltiples batallas y habían presenciado atrocidades inimaginables perpetradas por los humanos. Habían tenido tiempo sobrado para adquirir la fuerza y el poder que los protegía en la Tierra. Ambos la habían visitado en varias misiones y habían podido adaptarse poco a poco a sus condiciones de vida y cobrar conciencia de sus peligros y dificultades. En cambio, yo era un ángel en su forma más pura y vulnerable. Era ingenua y confiada, joven y frágil. Sentía el dolor porque no me protegían años de sabiduría y experiencia. Por eso Gabriel habría deseado que no me hubieran escogido. Y por eso precisamente lo habían hecho.

Porque la decisión definitiva no la había tomado él, sino otro: alguien tan importante que ni siquiera Gabriel se había atrevido a discutir. Tuvo que resignarse y aceptar que, detrás de mi elección, debía de haber una razón divina que sobrepasaba su capacidad de comprensión.

Di un sorbo cauteloso al té y le sonreí a mi hermano. Él pareció relajarse, tomó una caja de cereales y examinó la etiqueta.

—¿Qué prefieres: tostadas o esta cosa llamada «cereales con miel»?

—Tostadas —contesté, arrugando la nariz ante los cereales.

Ivy, también sentada a la mesa, parecía muy concentrada untando una tostada con mantequilla. Mi hermana estaba intentando tomarle gusto a la comida. La observé mientras cortaba su tostada en cuadraditos, los esparcía por el plato y volvía a juntarlos como si formasen un puzzle. Fui a sentarme a su lado y aspiré la embriagadora fragancia a fresia que parecía acompañarla siempre.

—Estás pálida —observó con su calma habitual, apartándose un mechón de pelo rubio platino que le caía sobre sus ojos grises. Ivy había decidido asumir el papel de madre abnegada en nuestra pequeña familia.

—No es nada —respondí sin darle importancia. Titubeé antes de añadir—: Sólo un mal sueño.

De inmediato vi que los dos se ponían en guardia y cruzaban una mirada inquieta.

—Yo no llamaría a eso *nada* —comentó Ivy—. Ya sabes que nosotros no soñamos.

Gabriel, que se había apostado junto a la ventana, se acercó para examinar mi rostro con detenimiento. Me alzó la barbilla con un dedo y noté que su expresión se volvía ceñuda de nuevo, oscureciendo la grave belleza de su rostro.

—Vete con cuidado, Bethany —me dijo con aquel tono de hermano mayor al que ya me había acostumbrado—. Procura no apegarte demasiado a las experiencias físicas. Por excitan-tes que parezcan, recuerda que nosotros sólo estamos de visita. Todo esto es transitorio y tarde o temprano habremos de regresar... —Al ver mi expresión desolada se detuvo en seco. Luego prosiguió con un tono más ligero—: Bueno, todavía queda un montón de tiempo antes de que eso suceda, así que podemos hablar de ello más adelante.

22 Era raro visitar la Tierra con Ivy y Gabriel. Los dos llama-ban mucho la atención allí donde iban. Por su aspecto físico, Ga-briel parecía una estatua clásica que hubiera cobrado vida. Tenía un cuerpo perfectamente proporcionado, y daba la impresión de que cada uno de sus músculos hubiera sido esculpido en un mármol purísimo. Su pelo, largo hasta los hombros, era de co-lor arena y lo llevaba recogido con frecuencia en una cola de ca-ballo. Tenía la frente enérgica y la nariz completamente recta. Hoy llevaba unos tejanos azules desteñidos, rajados en las rodi-llas, y una camisa de lino arrugada, prendas que le conferían un desaliñado atractivo. Gabriel era arcángel y miembro de los Sa-grados Siete. Aunque los arcángeles sólo ocupaban el segundo lugar en la divina jerarquía, eran muy selectos y tenían más re-lación que nadie con los seres humanos. De hecho, habían sido creados para servir de puente entre el Señor y los mortales. Pero Gabriel, en el fondo, era sobre todo un guerrero —su nombre celestial significa «Héroe de Dios»— y había sido él quien había visto arder Sodoma y Gomorra.

Ivy, por su parte, era una de las más sabias y antiguas de nuestra estirpe, aunque no aparentase más de veinte años. Era un serafín, la orden angélica más cercana al Señor. En el Rei-

no, los serafines tenían seis alas que venían a indicar los seis días de la creación. Ivy llevaba tatuada en la muñeca una serpiente dorada, signo de su alto rango. Decían que los serafines intervenían en la batalla para arrojar fuego sobre la Tierra, pero la verdad es que era una de las criaturas más gentiles que he conocido. En su envoltura física, Ivy se parecía a una *madonna* del Renacimiento con aquel cuello de cisne y aquella cara ovalada y pálida. Igual que Gabriel, tenía unos ojos grises y penetrantes. Esa mañana llevaba un vestido blanco y vaporoso y unas sandalias doradas.

En cuanto a mí, yo no tenía nada de especial; era sólo un ángel vulgar y corriente, uno del montón, situado en el escalón más bajo de la jerarquía. A mí no me importaba. Eso implicaba que podía relacionarme con los espíritus humanos que ingresaban en el Reino. Físicamente tenía, como toda mi familia, un aspecto etéreo, salvo por mis ojos, de un castaño intenso, y por la melena marrón chocolate que me caía en suaves ondas por la espalda. Yo había creído que, una vez que te habían asignado un destino terrenal, podías escoger tu propia apariencia física, pero la cosa no iba así. Había sido creada más bien menuda y con rasgos delicados, no demasiado alta, con la cara en forma de corazón, orejas de duendecillo y una piel pálida como la leche. Cada vez que me veía reflejada en un espejo, percibía un entusiasmo que no encontraba en los rostros de mis hermanos. Aunque lo intentara, no lograba adoptar la pose distante de Gabe e Ivy. Ellos raramente perdían la compostura o la seriedad, por dramático que fuese lo que sucediera a su alrededor. A mí, en cambio, aunque me esforzara en darme aires de suficiencia, siempre se me veía una expresión de curiosidad insaciable.

Ivy se levantó y se acercó al fregadero con su plato. Más que caminar, parecía bailar cuando se movía. Tanto ella como Gabriel poseían una gracia natural que yo era incapaz de imitar. Más de una vez me habían acusado de ser una torpe y de andar dando tumbos por la casa.

Después de tirar la tostada que se había limitado a mordisquear, se repantigó en el asiento de la ventana con el periódico desplegado.

—¿Qué noticias hay? —pregunté.

Por toda respuesta me mostró la primera página. Ojeé los titulares —bombardeos, desastres naturales, crisis económica— y me di por vencida en el acto.

—No es de extrañar que la gente no se sienta segura aquí —dijo Ivy con un suspiro—. Es imposible, si no se fían unos de otros.

—Siendo así, ¿qué podemos hacer por ellos? —pregunté, vacilante.

—Será mejor no hacerse demasiadas ilusiones por ahora —contestó Gabriel—. Los cambios llevan su tiempo, según dicen.

—Además, no nos corresponde a nosotros salvar al mundo —añadió Ivy—. Nosotros hemos de concentrarnos en nuestra pequeña parcela.

—¿Te refieres a este pueblo?

—Claro —asintió—. Este pueblo estaba entre los objetivos de las Fuerzas Oscuras. Es extraño, ¿no?, quiero decir, los sitios que eligen.

24

—Me imagino que empiezan por abajo para ir cada vez a más —comentó Gabriel con una mueca de repugnancia—. Si pueden conquistar un pueblo, podrán conquistar una ciudad, luego un estado y finalmente un país entero.

—¿Cómo podemos saber los daños que ya han provocado? —pregunté.

—Eso se aclarará a su debido tiempo —dijo Gabriel—. Pero con la ayuda del Cielo, nosotros pondremos fin a su obra de destrucción. No fallaremos en nuestra misión y, cuando nos vayamos, este sitio volverá a estar en manos del Señor.

—Entre tanto, intentemos adaptarnos y mezclarnos con la gente —dijo Ivy, quizás haciendo un esfuerzo para aligerar el tono de la conversación. Poco me faltó para soltar una carcajada. Me dieron ganas de decirle que se mirase al espejo. Ivy podría tener siglos a sus espaldas, pero a veces parecía muy ingenua. Incluso yo sabía que «mezclarse» iba a resultar muy difícil.

Saltaba a la vista que éramos diferentes, y no como pueda serlo un estudiante de Bellas Artes que lleve el pelo teñido y

medias estrafalarias. No, nosotros éramos diferentes de verdad: diferentes como de otro mundo. Cosa nada sorprendente teniendo en cuenta quiénes éramos... o mejor, qué éramos. Había muchas cosas que nos volvían llamativos. De entrada, los humanos tenían defectos y nosotros no. Si nos veías entre una multitud, lo primero que te llamaba la atención era nuestra piel, tan translúcida que habrías llegado a creer que contenía partículas de luz, lo cual se hacía aún más evidente al oscurecer, cuando toda la piel que quedaba a la vista emitía un resplandor, como si tuviera una fuente interior de energía. Nosotros, además, no dejábamos huellas, ni siquiera cuando caminábamos por una superficie muy blanda como la hierba o la arena. Y nunca nos pillarías con una camiseta demasiado escotada por detrás: siempre las usábamos cerradas para disimular un pequeño problema cosmético.

A medida que nos introducíamos en la vida del pueblo, la gente no dejaba de preguntarse qué hacíamos en un rincón tan apartado como Venus Cove. Unas veces nos tomaban por turistas que habían decidido prolongar su estancia; otras, nos confundían con personajes famosos y nos preguntaban por programas de televisión de los que ni siquiera habíamos oído hablar. Nadie adivinaba que estábamos trabajando; que habíamos sido reclutados para socorrer a un mundo que se encontraba al borde de la destrucción. Sólo hacía falta abrir un periódico o poner la televisión para entender por qué habíamos sido enviados: asesinatos, secuestros, ataques terroristas, guerras, atracos a los ancianos... La lista era espantosa e interminable. Había tantas almas en peligro que los Agentes de la Oscuridad habían aprovechado la ocasión para agruparse. Gabriel, Ivy y yo estábamos allí para contrarrestar su influencia. Habían enviado a otros Agentes de la Luz a distintos lugares de todo el planeta y, al final, nos reunirían a todos para evaluar lo que habíamos descubierto. Yo sabía que la situación era alarmante, pero estaba convencida de que no fallaríamos. De hecho, creía que nos resultaría fácil: nuestra sola presencia constituiría una solución divina. Eso pensaba. Estaba a punto de descubrir que me equivocaba de medio a medio.

Era una suerte que nos hubieran destinado a Venus Cove,

un lugar impresionante y lleno de llamativos contrastes. Había zonas de la costa muy escarpadas que el viento azotaba sin cesar. Desde nuestra casa veíamos los imponentes acantilados que se asomaban al océano oscuro y revuelto, y oíamos aullar al viento entre los árboles. Pero si te desplazabas un poco tierra adentro había pasajes bucólicos, y colinas onduladas llenas de vacas pastando, y molinos preciosos.

La mayoría de las casas de Venus Cove eran modestas viviendas de madera, pero más cerca de la costa había una serie de calles arboladas con edificios más grandes y espectaculares. Nuestra propia casa, «Byron», era una de ellas. A Gabriel no le entusiasmaba demasiado, que digamos: el clérigo que había en él la encontraba excesiva. Sin duda se habría sentido más cómodo en una vivienda menos lujosa. A Ivy y a mí, en cambio, nos encantaba. Y si los poderes superiores no creían que nos fuese a hacer ningún daño disfrutar nuestra estancia en la Tierra, ¿quiénes éramos nosotros para pensar lo contrario? Yo me temía que aquella casa no iba a ayudarnos a conseguir nuestro objetivo de mezclarnos con la gente, pero mantuve la boca cerrada. No quería quejarme ni poner objeciones porque ya me sentía de por sí como una carga para la buena marcha de la misión.

Venus Cove tenía una población de unos tres mil habitantes, aunque la cifra se doblaba durante el verano, cuando todo el pueblo se transformaba en un abarrotado centro de vacaciones. La gente, en cualquier época del año, era abierta y simpática. Me gustaba la atmósfera que reinaba allí. No había tipos trajeados trotando hacia sus oficinas de altos vuelos. Allí nadie tenía prisa. A la gente le daba igual cenar en el restaurante más selecto del pueblo o en un bar de la playa. Eran demasiado tranquilos para preocuparse por esas cosas.

—¿Tú estás de acuerdo, Bethany? —El sonoro timbre de voz de Gabriel me devolvió a la realidad. Traté de retomar el hilo de la conversación, pero me había quedado en blanco.

—Perdona —dije—. Estaba a miles de kilómetros. ¿Qué decías?

—Sólo estaba fijando algunas normas básicas. Todo va a ser distinto a partir de ahora.

Se le veía otra vez ceñudo y algo irritado por mi falta de atención. Esa misma mañana empezábamos los dos en el colegio Bryce Hamilton: yo como alumna y Gabriel como nuevo profesor de música. Un colegio podía resultar un lugar útil para empezar a contrarrestar a los emisarios de la oscuridad, ya que estaba lleno de gente joven cuyos valores se encontraban en plena evolución. Como Ivy era un ser demasiado sobrenatural para ingresar entre una manada de alumnos de secundaria, se había decidido que ella actuaría como consejera nuestra y que se ocuparía de nuestra seguridad, o mejor dicho, de la mía, porque Gabriel sabía cuidarse de sí mismo

—Lo importante es que no perdamos de vista para qué estamos aquí —dijo Ivy—. Nuestra misión es bien clara: realizar buenas obras y actos de caridad, tener gestos bondadosos y predicar con el ejemplo. No nos conviene los milagros por ahora, al menos mientras no podamos prever cómo serán acogidos. Al mismo tiempo, nos interesa observar y descubrir todo lo que podamos sobre la gente. La cultura humana es muy compleja, no hay nada parecido en todo el universo.

27

Me daba la sensación de que aquellas normas iban dirigidas sobre todo a mí. Gabriel nunca tenía problemas para arreglárselas en cualquier situación.

—Esto va a ser divertido —dije, quizá con más entusiasmo de la cuenta.

—No se trata de divertirse —me soltó Gabriel—. ¿Es que no has oído lo que acabamos de decir?

—Lo que pretendemos básicamente es alejar las influencias maléficas y restablecer la confianza entre las personas —dijo Ivy en tono conciliador—. No te preocupes por ella, Gabe. Lo va a hacer muy bien.

—Resumiendo, estamos aquí para impartir nuestra bendición entre la comunidad —prosiguió mi hermano—. Pero no debemos llamar demasiado la atención. Nuestra prioridad es que no sea detectada nuestra presencia. Procura, por favor, Bethany, no decir nada que pueda... inquietar a los alumnos.

Ahora me tocaba a mí ofenderme.

—¿Como qué? —dije—. Vamos, cualquiera diría que doy miedo.

—Ya sabes a qué se refiere —intervino Ivy—. Lo único que sugiere es que pienses bien lo que dices antes de hablar. Nada de comentarios personales sobre nuestro hogar, nada de «Dios piensa» o «Dios me ha dicho»... Podrían pensar que andas tramando algo.

—Vale —dije, malhumorada—. Espero que al menos se me permita revolotear por los pasillos a la hora del almuerzo.

Gabriel me lanzó una mirada severa. Yo tenía la esperanza de que captara el chiste, pero su expresión se mantuvo inalterable. Suspiré. Lo quería mucho, pero no podía negarse que no tenía ningún sentido del humor.

—No te preocupes. Me portaré bien, te lo prometo.

—El autocontrol es de la máxima importancia —dijo Ivy.

28 Volví a suspirar. Sabía muy bien que yo era la única que debía aprender a controlarse. Ivy y Gabriel tenían experiencia de sobras de ese tipo y para ellos se había convertido casi en una segunda naturaleza. Se sabían las normas del derecho y del revés. Además, ambos tenían una personalidad más estable que la mía. Podrían haberse llamado perfectamente el Rey y la Reina de Hielo. Nada los perturbaba, nada los inquietaba. Y lo más importante: nada parecía disgustarlos. Eran como dos actores bien entrenados y el texto les salía en apariencia sin ningún esfuerzo. Para mí era distinto; yo había tenido que esforzarme desde el primer momento. Volverme humana me había resultado profundamente desconcertante por algún motivo. No estaba preparada para aquella intensidad; era como pasar de un vacío dichoso a una montaña rusa de sensaciones acumuladas todas de golpe. A veces se me entrecruzaban unas con otras y el resultado era una confusión total. Sabía que debía distanciarme de todos los elementos emocionales, pero aún no había descubierto cómo hacerlo. Me maravillaba la facilidad de los humanos normales y corrientes para convivir con aquel torbellino de emociones que bullían sin parar bajo la superficie: era agotador. Yo procuraba ocultarle esas dificultades a Gabriel; no quería confirmar sus temores ni que tuviera peor concepto de mí a causa de mis apuros. Si mis hermanos sentían en algún momento algo parecido, lo disimulaban muy bien.

Ivy fue a preparar mi uniforme y a buscar una camisa y unos pantalones limpios para Gabe. Como miembro del personal docente, él tenía que ir con camisa y corbata, y la verdad es que la idea no le hacía mucha gracia. Normalmente llevaba tejanos y suéteres holgados. Cualquier prenda demasiado ajustada nos resultaba agobiante. En general, la ropa nos producía la extraña impresión de estar atrapados, así que compadecí a Gabriel cuando lo vi bajar retorciéndose de pura incomodidad bajo aquella impecable camisa blanca que aprisionaba su torso y dando tirones a la corbata hasta que logró aflojar el nudo.

La ropa no era la única diferencia; también habíamos tenido que aprender a practicar los rituales de higiene y cuidado personal, como ducharnos, cepillarnos los dientes y peinarnos. En el Reino, donde la existencia no requería tareas de mantenimiento, no teníamos que pensar en nada parecido. Vivir como ente físico te obligaba a recordar muchas más cosas.

—¿Estás segura de que hay una indumentaria establecida para los profesores? —preguntó Gabriel.

—Me temo que sí —contestó Ivy—, pero aun suponiendo que me equivoque, ¿de veras quieres correr el riesgo el primer día?

—¿Qué tenía de malo lo que llevaba puesto? —gruñó él, enrollándose las mangas para tener los brazos libres—. Al menos era más cómodo.

Ivy chasqueó la lengua y se volvió para comprobar que me había puesto correctamente el uniforme.

Tenía que reconocer que era bastante elegante para lo que solían ser los uniformes. El vestido era de un azul pálido muy favorecedor, con la parte delantera plisada y cuello blanco estilo Peter Pan. Había que llevar también calcetines de algodón hasta las rodillas, zapatos marrones con hebilla y una chaqueta azul marino con el escudo del colegio bordado en el bolsillo delantero con hilo dorado. Ivy me había comprado unas cintas blancas y azul pálido que ahora entretejió hábilmente con mis trenzas.

—Ya está —dijo, con una sonrisa satisfecha—. De embajadora celestial a colegiala del pueblo.

Habría preferido que no utilizara la palabra «embajadora»: me ponía nerviosa. Tenía mucho peso, suscitaba demasiadas expectativas, pero no la clase de expectativas corrientes que los humanos solían albergar, en el sentido de que sus hijos ordenaran su habitación, cuidaran de sus hermanos e hicieran los deberes. Aquéllas debían cumplirse. De lo contrario... bueno, no sabía lo que pasaría en ese caso. Ahora sentía que las piernas me flaqueaban y que se me iban a doblar en cualquier momento.

—No estoy segura, Gabe —dije, aun siendo consciente de lo voluble que sonaba—. ¿Y si no estoy preparada?

—La decisión no está en nuestras manos —respondió Gabriel sin perder la compostura—. Nosotros tenemos un único propósito: cumplir nuestros deberes con el Creador.

—Y yo quiero hacerlo, pero es que... es una escuela de secundaria. Una cosa es observar la vida a distancia; pero nosotros vamos a zambullirnos en el meollo mismo.

—Ésa es la cuestión —dijo Gabriel—. No se puede esperar que ejerzamos ninguna influencia a distancia.

—¿Y si algo sale mal?

—Yo me encargaré de arreglarlo.

—La Tierra parece un lugar peligroso para los ángeles.

—Por eso estoy aquí.

Los peligros que imaginaba no eran meramente físicos. Para esa clase de problemas teníamos recursos y sabíamos cómo manejarlos. Lo que a mí me inquietaba era la seducción de las cosas humanas. Dudaba de mí misma e intuía que eso podía hacerme perder de vista mis propósitos más elevados. Al fin y al cabo, había sucedido otras veces con consecuencias nefastas... Todos habíamos oído espantosas leyendas sobre ángeles caídos que habían sido seducidos por los placeres humanos, y sabíamos muy bien cómo habían acabado.

Ivy y Gabriel observaban el mundo que los rodeaba con una mirada experta y consciente de los escollos, pero para una novata como yo el peligro era enorme.

Venus Cove

La escuela Bryce Hamilton estaba en las afueras del pueblo, encaramada en lo alto de una cuesta. Desde cualquier punto del edificio disfrutabas de una espléndida vista, ya fuese de viñedos y verdes colinas, con alguna que otra vaca pastando, ya de los abruptos acantilados de la Costa de los Naufragios, así llamada por el gran número de buques hundidos en sus aguas traicioneras a lo largo del siglo XIX. La escuela, una mansión de piedra caliza con ventanas en arco, magníficos prados y un campanario, era uno de los edificios más originales del pueblo. Había sido en tiempos un convento antes de convertirse en colegio en los años sesenta.

Una escalinata de piedra conducía a la doble puerta de la entrada principal, que se hallaba bajo la sombra de un gran arco cubierto de enredadera. Adosada al colegio había una pequeña capilla de piedra donde se celebraban en ocasiones servicios religiosos; aunque, según nos dijeron, se había convertido para los alumnos en un lugar donde refugiarse cuando sentían necesidad de ello. Había un alto muro de piedra rodeando los jardines y unas verjas de hierro rematadas con puntas de lanza por las que se accedía con el coche al sendero de grava.

A pesar de su aire arcaico, Bryce Hamilton tenía fama de ser un colegio adaptado a los nuevos tiempos. Era conocido por su atención a los problemas sociales y frecuentado por familias progresistas que no deseaban someter a sus hijos a ningún tipo de despotismo. Para la mayoría de los alumnos, el colegio formaba parte de una larga tradición familiar, pues sus padres e incluso sus abuelos habían asistido a sus clases.

Ivy, Gabriel y yo nos quedamos frente a la verja observando cómo llegaba poco a poco la gente. Me concentré para tratar de apaciguar a las mariposas que me bailaban en el estómago. Era una sensación incómoda y, a la vez, extrañamente emocionante. Aún me estaba acostumbrando a los efectos que las emociones tenían en el cuerpo humano. Curiosamente, el hecho de ser un ángel no me ayudaba ni poco ni mucho a superar los nervios del primer día cuando empezaba cualquier cosa. Aunque no fuera humana, sabía que las primeras impresiones podían ser decisivas a la hora de ser aceptada o quedar marginada. Había oído más de una vez las oraciones de las adolescentes y la mayoría se centraban en dos únicos deseos: ser admitidas en el grupo más «popular» y encontrar un novio que jugase en el equipo de rugby. Por mi parte, me conformaba con hacer alguna amistad.

32 Los alumnos iban llegando en grupitos de tres o cuatro: las chicas vestidas igual que yo; los chicos con pantalones grises, camisa blanca y corbata a rayas verdes y azules. A pesar del uniforme, de todos modos, no era difícil distinguir a los grupos característicos que ya había observado en el Reino. En la pandilla de los aficionados a la música se veían chicos con el pelo hasta los hombros y greñas que casi les tapaban los ojos. Llevaban a cuestras estuches de instrumentos y lucían acordes musicales garabateados en los brazos. Caminaban arrastrando los pies y se dejaban la camisa por fuera de los pantalones. Había una pequeña minoría de góticos que se distinguían por el maquillaje exagerado alrededor de los ojos y por sus peinados en punta. Me pregunté cómo se las arreglarían para salirse con la suya, porque seguro que todo aquello contravenía las normas de la escuela. Los que se consideraban «artísticos» habían completado el uniforme con boinas, gorras y bufandas de colores. Algunas de las chicas se movían en manada, como un grupito de rubias platino que cruzaron la calle tomadas del brazo. Los tipos más estudiosos eran fáciles de identificar: iban con el uniforme impecable, sin aditamentos de ninguna clase, y llevaban a la espalda la mochila oficial del colegio. Caminaban como misioneros llenos de fervor, deprisa y con la cabeza gacha, como si estuvieran ansiosos por llegar al recin-

to sagrado de la biblioteca. Un grupo de chicos, todos con la camisa por fuera, la corbata floja y zapatillas de deporte, se entretenían bajo la sombra de unas palmeras, echando tragos a sus latas de refrescos y a sus cartones de leche con chocolate. No parecían tener ninguna prisa por cruzar la verja; se daban puñetazos, se abalanzaban unos sobre otros e incluso rodaban por el suelo entre risotadas y gemidos. Vi cómo uno de ellos le tiraba a su amigo una lata vacía a la cabeza. Le rebotó en la frente y cayó tintineando por la acera. El chico pareció aturrido por un momento y enseguida estalló en carcajadas.

Seguimos observando, cada vez más consternados y sin decidirnos a entrar. Un chico pasó tranquilamente por nuestro lado y se volvió a mirarnos con curiosidad. Llevaba una gorra de béisbol con la visera hacia atrás y los pantalones del uniforme se le escurrían por las caderas de tal manera que se veía perfectamente la marca de su ropa interior de diseño.

—He de reconocer que me cuesta aceptar estas modas modernas —dijo Gabriel, frunciendo los labios.

Ivy se echó a reír.

—Estamos en el siglo XXI. Procura no parecer tan crítico.

—¿No es eso lo que hacen los profesores?

—Supongo. Pero entonces no esperes ser demasiado popular.

Ivy se volvió hacia la entrada y se irguió un poco más, aunque ya tenía una postura impecable. Le dio a Gabriel un apretón en el hombro y me entregó una carpeta de papel manila que contenía mis horarios, un plano del colegio y otros documentos que había reunido unos días antes.

—¿Lista? —me dijo.

—Más que nunca —respondí, tratando de dominar mis nervios. Me sentía como si estuviera a punto de lanzarme a la batalla—. Vamos allá.

Ivy se quedó junto a la verja, agitando la mano, como una madre que despide a sus hijos el primer día de colegio.

—Todo irá bien, Bethany —me aseguró Gabriel—. Recuerda de dónde venimos.

Ya habíamos previsto que nuestra llegada produciría cierta impresión, pero no esperábamos que la gente se detuviera

con todo descaro a mirarnos boquiabierta, ni que se hicieran a un lado para abrirnos paso como si recibieran una visita de la realeza. Evité cruzar la mirada con nadie y seguí a Gabriel a la oficina de administración. En el interior, la alfombra era de color verde oscuro y había una hilera de sillas tapizadas. A través de un panel de cristal se veía una oficina con un ventilador de pie y estanterías prácticamente hasta el techo. Una mujer rechoncha con una rebeca rosa y un elevado sentido de su propia importancia se nos acercó con aire ajetreado. Justo en ese momento sonó el teléfono del escritorio de al lado y ella le lanzó una mirada altanera a la subalterna, como indicándole que el teléfono era cosa suya. Su expresión, de todos modos, se suavizó un poco cuando nos vio más de cerca.

—¿Qué tal? —dijo jovialmente, repasándonos de arriba abajo—. Soy la señora Jordan, la secretaria. Tú debes de ser Bethany y usted... —bajó un poquito la voz mientras contemplaba admirada el rostro inmaculado de Gabriel—. Usted debe de ser el señor Church, nuestro nuevo profesor de música.

34

Salió de detrás del panel y se metió bajo el brazo la carpeta que llevaba para estrecharnos la mano con entusiasmo.

—¡Bienvenidos a Bryce Hamilton! Le he asignado a Bethany una taquilla en la tercera planta; podemos subir ahora. Luego, señor Church, yo misma lo acompañaré a la sala de profesores. Las reuniones se celebran los martes y los jueves. Espero que disfruten de su estancia entre nosotros. Ya verán que es un lugar muy animado. Puedo afirmar con toda sinceridad que en mis veinte años aquí no me he aburrido ni un solo día.

Gabriel y yo nos miramos, preguntándonos si no sería aquello una forma sutil de advertirnos sobre lo que podía esperarse de la escuela.

Nos arrastró fuera de la oficina con sus movimientos apresurados y pasamos junto a las pistas de baloncesto, donde un grupo de chicos sudorosos botaban con furia sobre el asfalto y lanzaban canastas.

—Hay un gran partido esta tarde —nos explicó la señora Jordan con un guiño, como si fuera un secreto. Luego alzó la vista con los ojos entornados hacia las nubes que se estaban

acumulando y frunció el ceño—. Espero que el tiempo aguante. Nuestros chicos se llevarían una decepción si hubiera que aplazarlo.

Mientras ella seguía charlando, vi que Gabriel miraba el cielo. Luego extendió disimuladamente la mano con la palma hacia arriba y cerró los ojos. Los anillos de plata que llevaba en los dedos destellaron. De inmediato, como respondiendo a su orden silenciosa, los rayos del sol se abrieron paso entre las nubes, cubriendo las pistas de una pátina dorada.

—¡Habrased visto! —exclamó la señora Jordan—. Un cambio de tiempo... ¡ustedes dos nos han traído suerte!

Los pasillos del ala principal estaban enmoquetados de color borgoña y las puertas —de roble macizo con paneles de cristal— mostraban aulas de aspecto anticuado. Los techos eran altos y todavía quedaban algunas lámparas recargadas de otra época que ofrecían un brusco contraste con las taquillas cubiertas de grafitis alineadas a lo largo del pasillo. Había un olor algo mareante a desodorante y productos de limpieza, mezclado con el tufo grasiento a hamburguesa que venía de la cafetería. La señora Jordan nos hizo un *tour* acelerado mientras nos iba señalando las principales dependencias (el claustro, guarecido bajo una lona; el departamento de arte y multimedia; el bloque de ciencias; el salón de sesiones; el gimnasio; las pistas de atletismo, los campos de deporte y el centro de artes escénicas, conocido bajo las siglas CAE). Obviamente, la mujer andaba mal de tiempo, porque, después de mostrarme la taquilla, me indicó vagamente cómo se llegaba a la enfermería, me dijo que no vacilara en preguntarle cualquier cosa y, tomando a Gabriel del brazo, se lo llevó a toda prisa. Él se volvió mientras se alejaban y me lanzó una mirada inquieta.

«¿Te las arreglarás?», me dijo sólo con los labios.

Le respondí con una sonrisa tranquilizadora y confié en que se me viera más segura de lo que me sentía. No quería que Gabriel se preocupara por mí cuando él ya tenía sus propios asuntos que resolver. Justo entonces sonó una campana cuyos ecos se propagaron por todo el edificio, marcando el inicio de la primera clase. Y de repente me encontré sola en mitad de un pasillo lleno de desconocidos. Se abrían paso a empujones y

pasaban por mi lado con indiferencia para dirigirse a sus aulas respectivas. Por un momento me sentí invisible, como si yo no tuviera nada que hacer allí. Eché un vistazo a mis horarios y me encontré con un jaleo de números y letras que muy bien podrían haber figurado en un idioma desconocido, porque para mí no tenían el menor sentido: V.QS11. ¿Cómo se suponía que iba a descifrar aquello? Llegué a considerar la posibilidad de deslizarme entre la gente y regresar a la calle Byron.

—Perdona —le dije a una chica con una melena de rizos rojizos que pasaba por mi lado. Ella se detuvo y me examinó con interés—. Soy nueva —le expliqué, mostrándole con un gesto de impotencia la hoja de mis horarios—. ¿Podrías decirme qué significa esto?

—Significa que tienes química con el señor Velt en la S11 —me explicó—. Es al fondo del pasillo. Ven conmigo, si quieres. Estoy en la misma clase.

—Gracias —le dije con evidente alivio.

—¿Tienes un respiro después? Si quieres puedo enseñarte un poco todo esto.

—¿Un qué? —pregunté, perpleja.

—Un respiro, una hora libre. —Me lanzó una mirada divertida—. ¿Cómo las llamabais en tu escuela? —Su expresión se transformó, mientras consideraba una posibilidad más inquietante—. ¿O es que no tenáis?

—No —respondí con una risita nerviosa—. No teníamos ninguna.

—Vaya rollo. Me llamo Molly, por cierto.

Era una chica muy guapa. Tenía la piel sonrosada, rasgos ovalados y unos ojos luminosos. Por el color de su tez, me recordaba a la chica de un cuadro que había visto: una pastora en un paisaje bucólico.

—Yo, Bethany —le dije sonriendo—. Encantada de conocerte.

Molly aguardó con paciencia junto a mi taquilla mientras yo revolvía en mi bolsa y sacaba el libro de texto, un cuaderno de espiral y varios lápices. Sentía en parte el imperioso deseo de llamar a Gabriel y pedirle que me llevara a casa. Ya casi notaba el contacto de sus brazos musculosos, protegiéndome

de todo y conduciéndome de vuelta a Byron. Gabriel tenía la facultad de hacerme sentir segura, fueran cuales fuesen las circunstancias. Pero ahora no sabía cómo encontrarlo en aquel colegio inmenso; podía estar detrás de cualquiera de las puertas innumerables de todos aquellos pasillos idénticos. No tenía ni idea de dónde quedaba el ala de música. Me reprendí para mis adentros por depender tanto de Gabriel. Tenía que aprender a sobrevivir sin contar con su protección y estaba decidida a demostrarle que era capaz de hacerlo. Molly abrió la puerta del aula y entramos. Por supuesto, llegábamos tarde.

El señor Velt era un hombre bajito y calvo con la frente muy brillante. Llevaba un suéter con un estampado geométrico que parecía medio desteñido de tanto lavarlo. Cuando entramos, estaba tratando de explicar una fórmula escrita en la pizarra a un montón de alumnos que lo miraban con aire ausente. Obviamente, habrían deseado estar en cualquier parte menos allí.

—Me alegro de verla entre nosotros, señorita Harrison —le dijo a Molly, que se deslizó rápidamente hacia el fondo del aula.

37

Luego el señor Velt me miró a mí. Había pasado lista y sabía quién era yo.

—Llega tarde en su primer día, señorita Church —dijo, chasqueando la lengua y arqueando una ceja—. Un principio no muy bueno, que digamos. Vamos, siéntese.

De repente cayó en la cuenta de que había olvidado presentarme. Dejó de escribir en la pizarra el tiempo justo para hacer una somera presentación.

—Atención, todos ustedes. Ésta es Bethany Church. Acaba de entrar en Bryce Hamilton, así que les ruego que hagan todo lo posible para que se sienta bien acogida en el colegio.

Sentí todos los ojos clavados en mí mientras me apresuraba a ocupar el último asiento disponible. Era en la última fila, al lado de Molly, y cuando el señor Velt acabó su discursito y nos dijo que estudiáramos la siguiente serie de problemas, aproveché para observarla más de cerca. Me fijé en que llevaba el botón superior del uniforme desabrochado y también unos aros enormes de plata en las orejas. Había sacado del

bolsillo una lima y se estaba haciendo las uñas por debajo del pupitre, pasando con todo descaro de las instrucciones del profesor.

—No te preocupes por Velt —me susurró al ver mi expresión de sorpresa—. Es un estirado, un tipo amargado y retorcido. Sobre todo desde que su mujer presentó los papeles de divorcio. Lo único que le da vidilla es su nuevo descapotable. Tendrías que verlo: parece un pringado al volante.

Sonrió ampliamente. Tenía los dientes muy blancos y llevaba un montón de maquillaje, pero el rosado de su piel era natural.

—Bethany es un nombre muy mono —prosiguió—. Algo anticuado, eso sí. Pero, en fin, yo he de conformarme con Molly, como un personaje de libro ilustrado infantil.

Le dirigí una torpe sonrisa. No sabía muy bien cómo responderle a una persona tan directa y segura de sí misma.

—Supongo que todos tenemos que conformarnos con el nombre que nos pusieron nuestros padres —dije, consciente de que era un comentario más bien pobre para seguir la conversación. Pensé que en realidad ni siquiera debería hablar, dado que estábamos en clase y que el pobre señor Velt necesitaba toda la ayuda posible para imponer un poco de orden. Además, aquella frase me hacía sentir como una impostora, porque los ángeles no tienen padres. Por un instante, tuve la sensación de que Molly descubriría sin más mi mentira. Pero no.

—Bueno, ¿y tú de dónde eres? —me preguntó, soplando las uñas de una mano y agitando con la otra un frasco de esmalte rosa fluorescente.

—Nosotros hemos vivido en el extranjero —le dije, mientras me preguntaba qué cara habría puesto si le hubiera dicho que era del Reino de los Cielos—. Nuestros padres siguen fuera todavía.

—¿De veras? —Molly parecía impresionada—. ¿Dónde? Titubeé.

—En diferentes sitios. Viajan un montón.

Ella se lo tragó como si aquello fuese de lo más normal.

—¿A qué se dedican?

Me devané los sesos buscando la respuesta. Nos habíamos preparado todo aquello, pero me había quedado en blanco. Sería muy típico de mí cometer un error crucial en mi primera hora como estudiante. Al fin lo recordé.

—Son diplomáticos —le dije—. Ahora vivimos con mi hermano mayor, que acaba de empezar aquí como profesor de música. Nuestros padres se reunirán con nosotros en cuanto puedan.

Intentaba atiborrarla con toda la información posible para satisfacer su curiosidad y evitarme más preguntas. Los ángeles somos malos mentirosos por naturaleza. Esperaba que Molly no desconfiara de mi historia. Estrictamente hablando, nada de lo que le había dicho era mentira.

—Genial —fue lo único que dijo—. Yo nunca he estado en el extranjero, pero he ido varias veces a la ciudad. Ya puedes prepararte para un cambio total de vida en Venus Cove. Esto suele ser muy tranquilo, aunque las cosas se han puesto un poco raras últimamente.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Yo llevo toda la vida aquí. Y también mis abuelos, que tenían una tienda. Y nunca en todo ese tiempo había pasado nada malo. Bueno, sí: un incendio en una fábrica o algún accidente en barca. Pero es que ahora... —Molly bajó la voz—. Ha habido robos y accidentes muy extraños en todo el pueblo. El año pasado hubo una epidemia de gripe y murieron seis niños.

—¡Qué espanto! —dije débilmente. Empezaba a hacerme una idea del alcance de los daños causados por los Agentes de la Oscuridad. Y la cosa no tenía buena pinta—. ¿Algo más?

—Pasó otra cosa —dijo Molly—. Pero ni se te ocurra sacar el tema en el colegio. Hay un montón de chicos que aún están muy afectados.

—Descuida, mediré mis palabras —le aseguré.

—Bueno, resulta que hace unos seis meses, uno de los chicos mayores, Henry Taylor, se subió al tejado del colegio para recoger una pelota de baloncesto que había ido a parar allí. No estaba haciendo el idiota ni nada; sólo pretendía recogerla y ya está. Nadie sabe cómo sucedió la cosa, pero parece que resbaló

y se cayó abajo. Fue a caer justo en mitad del patio, delante de todos sus amigos. No consiguieron borrar del todo la mancha de sangre, y ahora ya nadie juega allí.

Antes de que yo pudiera decir nada, el señor Velt carraspeó y lanzó una mirada fulminante en nuestra dirección.

—Señorita Harrison, entiendo que está explicándole a nuestra nueva alumna el concepto de enlace covalente.

—Hmm, pues no exactamente, señor Velt —contestó Molly—. No quiero matarla de aburrimiento el primer día.

Al señor Velt se le hinchó una vena en la frente y a mí me pareció que debía intervenir. Canalicé una corriente de energía sedante hacia él y vi con satisfacción que se le empezaba a pasar el berrinche. Sus hombros se relajaron y su rostro perdió aquel matiz lívido de ira para recuperar su coloración normal. Mirando a Molly, soltó una risita tolerante, casi paternal.

—No puede negarse que tiene usted un inagotable sentido del humor, señorita Harrison.

40 Ella se quedó desconcertada, pero tuvo el buen juicio de reprimir cualquier otro comentario.

—Mi teoría es que está pasando la crisis de los cincuenta —me susurró por lo bajini.

El señor Velt dejó de prestarnos atención y empezó a preparar el proyector de diapositivas. Gemí para mis adentros y procuré controlar un acceso de pánico. Los ángeles ya éramos bastante radiantes a la luz del día. En la oscuridad todavía era peor, aunque se podía disimular, pero bajo la luz halógena de un proyector, ¿quién sabía lo que ocurriría? Decidí que no valía la pena correr el riesgo. Pedí permiso para ir al baño y me escabullí del aula. Me entretuve en el pasillo, esperando a que el señor Velt acabara su presentación y encendiera otra vez las luces. A través del panel de cristal veía las diapositivas que iba mostrando a la clase: una descripción simplificada de la teoría del enlace de valencia. Me aliviaba pensar que sólo habría de estudiar aquellas cosas tan básicas durante una temporada.

—¿Te has perdido?

Me sobresalté y me giré en redondo. Había un chico apoyado en las taquillas frente a la puerta. Aunque parecía más formal con la chaqueta del colegio, la camisa bien abrochada y

la corbata impecablemente anudada, era imposible no reconocer aquella cara y aquel pelo castaño que aleteaba sobre unos vívidos ojos azules. No esperaba volver a encontrármelo, pero tenía otra vez delante al chico del embarcadero y lucía la misma sonrisa irónica de aquella ocasión.

—Estoy bien, gracias —le dije, volviéndome de nuevo hacia la puerta. Si me había reconocido, no parecía demostrarlo. Aunque resultara una grosería por mi parte, pensé que dándole la espalda cortarían en seco la conversación. Me había pillado desprevenida y, además, había algo en él que me hacía sentir insegura, como si de repente no supiera a dónde mirar ni qué hacer con las manos. Pero él no parecía tener prisa.

—¿Sabes?, lo más normal es aprender desde dentro de la clase —comentó.

Ahora ya me vi obligada a volverme y a darme por enterada de su presencia. Intenté transmitirle mis pocas ganas de charla con una mirada gélida, pero cuando nuestros ojos se encontraron ocurrió algo totalmente distinto. Sentí de pronto una especie de tirón en las entrañas, como si el mundo se desplomara bajo mis pies y yo tuviera que sujetarme y encontrar un asidero para no venirme también abajo.

Debí de dar la impresión de estar a punto de desmayarme porque él extendió un brazo instintivamente para sostenerme. Me fijé en el precioso cordón de cuero trenzado que llevaba en la muñeca: el único detalle que no encajaba en su apariencia tan atildada y formal.

El recuerdo que conservaba de él no le hacía justicia. Tenía los rasgos llamativos de un actor de cine, pero sin el menor rastro de presunción. Su boca se curvaba en una media sonrisa y sus ojos límpidos poseían una profundidad que no había percibido la primera vez. Era delgado, pero se adivinaban bajo su uniforme unos hombros de nadador. Me miraba como si quisiera ayudarme pero no supiera muy bien cómo. Y mientras le devolvía la mirada, comprendí que su atractivo tenía tanto que ver con su aire tranquilo como con sus facciones regulares y su piel sedosa. Ojalá se me hubiera ocurrido alguna réplica ingeniosa a la altura de su aplomo y su seguridad, pero no encontraba ninguna adecuada.

—Sólo estoy un poco mareada, nada más —musité.

Dio otro paso hacia mí, todavía inquieto.

—¿Quieres sentarte?

—No, ya estoy bien —respondí, meneando la cabeza con decisión.

Convencido de que no iba a desmayarme, me tendió la mano y me dirigió una sonrisa deslumbrante.

—No tuve la oportunidad de presentarme la otra vez que nos vimos. Me llamo Xavier.

O sea que no lo había olvidado.

Tenía la mano ancha y cálida, y sostuvo la mía una fracción de segundo más de la cuenta. Recordé la advertencia de Gabriel de que nos mantuviéramos siempre alejados de interacciones humanas arriesgadas. Todas las alarmas se habían disparado en mi cabeza cuando fruncí el ceño y retiré la mano. No sería una jugada muy inteligente hacer amistad con un chico como aquél, con un aspecto tan extraordinariamente atractivo y aquella sonrisa de mil quinientos vatios. El hormigueo que sentía en el pecho cuando lo miraba me decía bien a las claras que me estaba metiendo en un lío. Empezaba a saber descifrar las señales que emitía mi cuerpo y notaba que aquel chico me ponía nerviosa. Pero había otra sensación, un indicio apenas que no lograba identificar. Me aparté y retrocedí hacia la puerta de la clase, donde acababan de encenderse las luces. Sabía que me estaba portando como una maleducada, pero me sentía demasiado turbada para que me importase. Xavier no pareció ofendido, sino sólo divertido por mi comportamiento.

42

—Yo me llamo Bethany —acerté a decir, abriendo ya la puerta.

—Nos vemos, Bethany —dijo.

Noté que tenía la cara como un tomate mientras entraba en la clase de Química y recibía una mirada de censura del señor Velt por haber tardado tanto en volver del lavabo.

Hacia la hora del almuerzo ya había descubierto que Bryce Hamilton era un campo minado lleno de proyectores de diapositivas y de otras trampas destinadas a desenmasca-

rar a los ángeles en misión secreta como yo. En la clase de gimnasia tuve un ligero ataque de pánico cuando deduje que debía cambiarme delante de las demás chicas. Ellas empezaron a quitarse la ropa sin vacilar y a tirarla en las taquillas o por el suelo. A Molly se le enredaron los tirantes del sujetador y me pidió que la ayudara, cosa que hice, apurada y nerviosa, confiando en que no reparase en la suavidad antinatural de mis manos.

—Uau, debes de hidratártelas como loca —me dijo.

—Cada noche —respondí en voz baja.

—Bueno, ¿qué me dices de la gente de Bryce Hamilton por ahora? Los chicos están que arden, ¿no?

—Bueno, no sé —respondí, desconcertada—. La mayoría parece tener una temperatura normal.

Molly se me quedó mirando a punto de soltar una carcajada, pero mi expresión la convenció de que no bromeaba.

—Están que arden quiere decir que están buenos —murmuró—. ¿En serio que nunca habías oído esa expresión? ¿Dónde estaba tu último colegio?, ¿en Marte?

Me sonrojé al comprender el sentido de su pregunta inicial.

—No he conocido a ningún chico todavía —dije, encogíendome de hombros—. Bueno, me he tropezado con un tal Xavier.

Dejé caer su nombre como sin darle importancia, o al menos esperaba que sonara así.

—¿Qué Xavier? —me interrogó, ahora toda oídos—. ¿Es rubio? Xavier Laro es rubio y juega en el equipo de lacrosse. Es muy sexy. No te lo reprocharía si me dijeras que te gusta, aunque creo que ya tiene novia. ¿O ya han roto? No estoy segura, podría averiguártelo.

—El que yo digo tiene pelo castaño —la interrumpí— y ojos azules.

—Ah. —Su expresión cambió radicalmente—. Entonces tiene que ser Xavier Woods. Es el delegado del colegio.

—Bueno, parece simpático.

—Yo de ti no iría por él —me aconsejó. Lo dijo como preocupándose por mí, aunque me dio la sensación de que esperaba que aceptara su consejo sin rechistar. Tal vez fuera una de

las normas en el mundo de las adolescentes: «Las amigas siempre tienen razón».

—Yo no voy a por nadie, Molly —le dije, aunque no pude resistir la tentación de añadir—: Pero bueno, ¿qué tiene él de malo? —No podía creer que aquel chico no fuera sencillamente perfecto.

—No, nada. Es bastante simpático —respondió—. Pero digamos que lleva demasiado lastre encima.

—¿Y eso qué significa?

—Bueno, un montón de chicas han intentado que se interesara por ellas, pero se ve que no está disponible en el sentido emocional.

—¿Quieres decir que ya tiene novia?

—Tenía. Se llamaba Emily. Pero nadie ha logrado consolarlo desde que...

—¿Rompieron? —apunté.

—No. —Molly bajó la voz y se retorció los dedos—. Ella murió en un incendio hace poco más de un año. Eran inseparables antes de que sucediera aquello. La gente decía que se casarían y todo. Por lo visto, no ha aparecido nadie a la altura de Emily. No creo que él lo haya superado de verdad.

—Qué espanto —murmuré—. Él sólo debía de tener...

—Dieciséis —respondió Molly—. También era bastante amigo de Henry Taylor, quien incluso habló en el funeral. Estaba empezando a superar lo de Emily cuando Taylor se cayó del tejado. Todo el mundo creyó que iba a venirse abajo, pero se aisló emocionalmente y siguió adelante.

Me había quedado sin palabras. Mirando a Xavier no habría adivinado la cantidad de dolor que había tenido que soportar, aunque, ahora que caía en ello, sí había una expresión precavida en su mirada.

—Ahora está bien —dijo Molly—. Sigue siendo amigo de todo el mundo, continúa jugando en el equipo de rugby y entrena a los nadadores de tercero. No es que no pueda ser simpático, pero es como si tuviera prohibida cualquier relación. No creo que quiera liarse otra vez después de la mala suerte que ha tenido.

—Supongo que no se le puede echar en cara.

Molly reparó de golpe en que yo seguía aún con el uniforme y me dirigió una mirada severa.

—Date prisa, cámbiate —me apremió—. ¿Qué pasa?, ¿eres vergonzosa?

—Un poquito. —Le sonreí y me metí en el cubículo de la ducha.

Dejé de pensar repentinamente en Xavier Woods al ver el uniforme de deporte que había de ponerme. Incluso contemplé la posibilidad de escabullirme por la ventana. Era de lo menos favorecedor que se pueda imaginar: pantalones cortos demasiado ceñidos y una camiseta tan exigua que apenas podría moverme sin enseñar la barriga. Esto iba a ser un problema durante los partidos, dado que los ángeles no teníamos ombligo: sólo una suave superficie blanca, sin marcas ni hendidura. Por suerte, las alas —con plumas, pero finas como el papel— se me doblaban del todo planas sobre la espalda, de manera que no debía preocuparme de que me las pudieran ver. Empezaban, eso sí, a darme calambres por la falta de ejercicio. No veía el momento de que saliéramos a volar por las montañas algún día, antes de amanecer, tal como Gabriel nos había prometido.

Me estiré la camiseta hacia abajo todo lo que pude y me reuní con Molly, que se había parado frente al espejo para aplicarse una generosa capa de brillo de labios. No acababa de entender para qué necesitaba brillo de labios durante la clase de gimnasia, pero acepté sin vacilar cuando me ofreció el pincel para no parecer descortés. No sabía cómo usar el aplicador, pero me las ingenié para ponerme una capa algo desigual. Supuse que hacía falta práctica. A diferencia de las demás chicas, yo no me había dedicado a experimentar con los cosméticos de mi madre desde los cinco años. De hecho, ni siquiera había sabido hasta hacía poco cómo era mi cara.

—Junta los labios y restriégatelos —dijo Molly—. Así...

Me apresuré a imitarla y descubrí que con esa maniobra se alisaba la capa de brillo y ya no tenía tanta pinta de payaso.

—Ahora está mejor —dijo, dándome su visto bueno.

—Gracias.

—Deduzco que no te pones maquillaje muy a menudo.

Meneé la cabeza.

—No es que lo necesites. Pero este color te queda de fábula.

—Huele de maravilla.

—Se llama Melon Sorbet.

Molly parecía encantada consigo misma. Algo la distrajo, sin embargo, porque empezó a husmear el aire.

—¿Hueles eso? —me preguntó.

Me quedé rígida, presa de un repentino ataque de inseguridad. ¿Sería yo? ¿Era posible que oliéramos de un modo repulsivo para los humanos? ¿Me habría rociado Ivy la ropa con algún perfume insoportable en el mundillo de Molly?

—Huele como... a lluvia o algo así —dijo. Me relajé en el acto. Lo que había captado era la fragancia característica que desprenden todos los ángeles: no exactamente a lluvia, aunque no dejaba de ser una descripción bastante aproximada.

—No seas cabeza de chorlito, Molly —dijo una de sus amigas; Taylah, creía que se llamaba, aunque me las había presentado a todas apresuradamente—. Aquí no llueve.

46

Molly se encogió de hombros y me arrastró fuera de los vestuarios. En el gimnasio, una rubia de unos cincuenta y pico con el cutis cuarteado por exceso de sol y unos *shorts* de licra se irguió de puntillas y nos gritó que nos tumbáramos e hiciéramos veinte flexiones.

—¿No te parecen odiosos los profesores de gimnasia? —dijo Molly, poniendo los ojos en blanco—. Tan animosos y enérgicos... las veinticuatro horas del día.

No le respondí, aunque teniendo en cuenta el aire inflexible de aquella mujer y mi falta de entusiasmo atlético, seguramente no íbamos a llevarnos demasiado bien.

Media hora más tarde habíamos dado diez vueltas al patio y hecho cincuenta flexiones, cincuenta abdominales y un montón de ejercicios más. Y eso sólo para entrar en calor. Me daban pena los demás, la verdad: todos tambaleándose, jadeando y con la camiseta empapada de sudor. Menos yo. Los ángeles no nos cansábamos; teníamos reservas ilimitadas de energía y no nos hacía falta administrarla. Tampoco transpirábamos; podíamos correr una maratón sin una sola gota de sudor. Molly lo advirtió de pronto.

—¡Ni siquiera resoplas! —me dijo con aire acusador—. Jo, debes de estar muy en forma.

—O es que usa un desodorante increíble —añadió Taylah, tirándose por el escote todo el contenido de la botella de agua.

Los chicos que estaban cerca la miraron boquiabiertos.

—¡Empieza a hacer un calor aquí dentro! —les dijo para provocarlos, pavoneándose con la camiseta ahora semitransparente. Al final, la profesora de gimnasia se dio cuenta del espectáculo y vino disparada como un toro furioso.

El resto del día transcurrió sin mayores novedades, dejando aparte que yo estuve dando vueltas por los pasillos por si veía otra vez al delegado del colegio, el tal Xavier Woods. Después de lo que Molly me había contado, me sentía halagada por el hecho de que me hubiera prestado atención siquiera.

Pensé otra vez en nuestro encuentro en el embarcadero y recordé que me habían maravillado sus ojos: aquel azul increíble y deslumbrante. Eran unos ojos que no podías mirar mucho tiempo sin que se te aflojaran las rodillas. Me pregunté qué habría pasado si hubiera aceptado su invitación y me hubiera sentado a su lado. ¿Habríamos charlado mientras yo probaba suerte con la caña de pescar? ¿Qué nos habríamos dicho?

Me zarandeeé a mí misma mentalmente. Yo no había sido enviada para eso a la Tierra. Me obligué a prometerme que no volvería a pensar en Xavier Woods. Si me lo encontraba por casualidad, no le haría caso. Y si él trataba de hablar conmigo, le respondería con cuatro frases estereotipadas y me alejaría sin más. En resumen, no le permitiría que produjera el menor efecto en mí.

Ni que decir tiene: iba a fracasar de un modo espectacular.

Terrestre

48 Cuando sonó la última campana, recogí mis libros y traté literalmente de escapar, deseosa de evitarme los pasillos atestados de gente. Ya me habían dado bastantes empujones por un día; ya me habían interrogado y observado lo suficiente. A pesar de mis esfuerzos, no había tenido ni un momento de tranquilidad; durante las horas libres Molly me había arrastrado de aquí para allá para presentarme a sus amigas, que me habían acribillado a preguntas como auténticas ametralladoras. A pesar de todo había llegado al final del día sin ningún contra-tiempo y eso ya me parecía un motivo de satisfacción.

Mientras esperaba a Gabriel me entretuve frente a la verja de la entrada, guarecida bajo la sombra de las palmeras. Me recliné contra una de ellas y apoyé la cabeza en su superficie fresca e irregular. Me maravillaba la variedad de la vegetación terrestre. Las palmeras, sin ir más lejos, me parecían una creación tan extraña como sorprendente. Tenían cierto aire de centinelas con aquellos troncos tan rectos y esbeltos, y la explosión de sus ramas en lo alto me recordaba los cascos con penacho de la guardia de un palacio. Mientras permanecía allí, observé a los alumnos que iban saliendo y se subían a los coches. Tiraban la mochila, se quitaban la chaqueta y enseguida se los veía mucho más relajados. Algunos se iban al pueblo, a reunirse en algún café o en sus locales favoritos.

Yo no estaba nada relajada: me sentía sobrecargada de información; la cabeza me zumbaba mientras intentaba ordenar todo lo que había observado en aquellas horas. Ni siquiera la energía inagotable con la que habíamos sido creados podía im-

pedir la sensación de agotamiento que me estaba entrando. Lo único que deseaba era volver a casa y ponerme cómoda.

Divisé a Gabriel bajando por la escalinata principal, seguido por un grupito de admiradores; la mayoría, chicas. Viendo el interés que había despertado, cualquiera habría dicho que era un personaje famoso. Las chicas siguieron tras él un buen trecho, aunque procurando que no se notara demasiado. A juzgar por su aspecto, Gabe se las había arreglado para mantener la compostura y el aplomo durante todo el día, aunque su manera de apretar la mandíbula y el aire algo alborotado de su pelo me decían que ya debía de tener ganas de volver a casa. Las chicas se quedaron con la palabra en la boca cuando se volvió a mirarlas. Conocía a mi hermano y deducía que, a pesar de su serenidad aparente, a él no le hacía gracia aquel tipo de atención. Parecía más avergonzado que halagado.

Ya casi había llegado a la verja cuando una morenita de muy buena figura se tropezó delante de él, fingiendo con muy poca maña una caída accidental. Gabe la sujetó en sus brazos antes de que se fuera al suelo. Se oyeron algunos grititos admirados entre las chicas que había alrededor, y me pareció que algunas rabiaban de celos simplemente porque a ellas no se les había ocurrido la idea. Pero tampoco había mucho que envidiar: Gabe se limitó a sujetar a la chica para que no perdiera el equilibrio, recogió las cosas que se le habían caído de la mochila, volvió a tomar su propio maletín sin decir palabra y siguió caminando. No estaba haciéndose el antipático; sencillamente no veía la necesidad de decir nada. La chica se lo quedó mirando afligida y sus amigas se apresuraron a apiñarse alrededor, quizá con la esperanza de que se les pegara algo del glamour del momento.

—Pobrecito, ya tienes un club de admiradoras —le dije, dándole unas palmaditas en el brazo, mientras echábamos a caminar hacia casa.

—No soy el único —respondió Gabriel—. Tú tampoco has pasado inadvertida precisamente.

—Sí, pero nadie ha intentado hablar conmigo. —No quise contarle mi encuentro con Xavier Woods. Algo me decía que Gabriel no lo vería con buenos ojos.

—Demos gracias, podría haber sido peor —añadió secamente.

Cuando llegamos a casa, le conté a Ivy nuestra jornada punto por punto. Gabriel, que no había disfrutado ni mucho menos de cada detalle, permanecía en silencio. Ivy reprimió una sonrisa cuando le expliqué la historia de la chica que se había desplomado en sus brazos.

—Las adolescentes pueden ser bastante poco sutiles en ocasiones —comentó, pensativa—. Los chicos no son tan transparentes. Es muy interesante, ¿no te parece?

—A mí me parece que están todos muy perdidos —dijo Gabe—. Me pregunto si alguno de ellos sabe realmente de qué va la vida. No se me había ocurrido que tendríamos que empezar de cero. Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

Se quedó en silencio y los tres recordamos la tarea épica que teníamos por delante.

—Ya sabíamos que no iba a ser fácil —murmuró Ivy.

—¿Sabéis lo que he descubierto? —dije—. Según parece, han pasado un montón de cosas en este pueblo en los últimos meses. Me han contado algunas historias espantosas.

—¿Como qué? —preguntó Ivy.

—Dos estudiantes murieron en extraños accidentes el año pasado. Y ha habido brotes de enfermedades, incendios y un montón de cosas raras. La gente empieza a darse cuenta de que algo va mal.

—Por lo visto, hemos llegado justo a tiempo —comentó Ivy.

—¿Pero cómo vamos a dar con los responsables? —pregunté.

—No podemos localizarlos por ahora —explicó Gabriel—. Hemos de limitarnos a paliar las consecuencias y esperar a que hagan acto de presencia otra vez. Créeme, no se retirarán sin plantar batalla.

Nos quedamos los tres callados, considerando la perspectiva de enfrentarnos a los seres causantes de tanta destrucción.

—Bueno, yo he hecho una amiga hoy —anuncié, más que nada para aligerar un poco el ánimo depresivo que se estaba adueñando de todos. Lo dije como si fuera un logro de gran importancia, pero ellos me miraron con aquella mezcla consabida de inquietud y censura.

—¿Tiene algo de malo? —añadí a la defensiva—. ¿Es que no puedo hacer amistades? Creía que la idea era justamente mezclarse con la gente.

—Una cosa es mezclarse y otra... ¿Te das cuenta de que las amigas requieren tiempo y energía? —dijo Gabriel—. Porque ellas querrán apegarse.

—¿En el sentido de fundirse físicamente? —pregunté, perpleja.

—No. Me refiero a que querrán tener una relación más estrecha en el sentido emocional —me explicó mi hermano—. Las relaciones humanas pueden llegar a unos extremos de intimidad antinaturales. Eso nunca lo entenderé.

—También pueden representar una distracción —se sintió obligada a añadir Ivy—. Sin olvidar que la amistad siempre entraña ciertas expectativas. Procura elegir con cuidado.

—¿Qué clase de expectativas?

—Las amistades humanas se basan en la confianza. Los amigos comparten sus problemas, intercambian confidencias y...

Fue perdiendo impulso a medida que hablaba hasta que se interrumpió. Sacudió su cabeza dorada y le pidió ayuda a Gabriel con la mirada.

—Lo que Ivy quiere decir es que cualquiera que se haga amiga tuya empezará a hacer preguntas y a esperar respuestas —dijo Gabe—. Querrá formar parte de tu vida, lo cual es peligroso.

—Bueno, muchas gracias por el voto de confianza —repliqué, indignada—. Sabéis que no haría nada que pudiera poner en peligro la misión. ¿Tan estúpida creéis que soy?

Me gustó contemplar las miradas culpables que cruzaron. Yo quizás era más joven y menos experimentada que ellos, pero eso no les daba derecho a tratarme como a una idiota.

—No, no lo creemos —dijo Gabriel, conciliador—. Y naturalmente que confiamos en ti. Sólo queremos evitar que las cosas se compliquen.

—Descuida —dije—. Pero aun así deseo experimentar lo que es la vida de una adolescente.

—Hemos de tener cuidado. —Alargó el brazo y me dio un

apretón en la mano—. Nos han confiado una tarea que es mucho más importante que nuestros deseos individuales.

Dicho así, parecía que tuviese razón. ¿Por qué habría de ser siempre tan sabio y tan irritante? ¿Y por qué resultaba imposible seguir enfadada con él?

En la casa me sentía mucho más relajada. Habíamos conseguido hacerla nuestra en muy poco tiempo. Estábamos manifestando un rasgo típicamente humano —personalizar un espacio específico e identificarse con él—, y la verdad, después del día que habíamos pasado, aquel lugar me resultaba como un santuario. Incluso Gabriel, aunque se habría resistido a reconocerlo, empezaba a sentirse a gusto allí. Raramente no molestaba nadie llamando al timbre (la imponente fachada debía de amedrentar a los visitantes), así que, una vez en casa, teníamos toda la libertad para hacer lo que nos apeteciera.

52 Aunque a lo largo del día había tenido tantas ganas de volver, ahora no sabía qué hacer con mi tiempo. Para Gabriel e Ivy no había problema. Ellos siempre estaban absortos leyendo un libro, o tocando el piano de media cola, o preparando algo en la cocina con los brazos hasta el codo de harina. Yo no tenía ninguna afición y no hacía más que deambular por la casa. Decidí concentrarme un rato en las tareas domésticas. Saqué un montón de ropa lavada y la doblé. El ambiente se notaba algo cargado porque la casa había estado cerrada todo el día, así que abrí algunas ventanas mientras me dedicaba a ordenar un poco la mesa del comedor. Recogí unas espigas muy aromáticas del patio y las coloqué en un esbelto jarrón. Advertí que había un montón de propaganda en el buzón y me hice una nota mental para comprar uno de esos adhesivos de «No se acepta correo comercial» que había visto en otros buzones de la calle. Eché una ojeada a un folleto antes de tirarlo todo a la basura y vi que habían abierto en el pueblo una nueva tienda de deportes. Se llamaba, con escasa originalidad, SportsMart, y el folleto anunciaba las ofertas de inauguración.

Me sentía extraña realizando todas aquellas tareas corrientes cuando toda mi existencia estaba muy lejos de serlo. Me pregunté qué andarían haciendo en ese momento las de-

más chicas de diecisiete años: quizás ordenando sus habitaciones ante el ultimátum exasperado de sus padres; o escuchando a sus grupos favoritos en un iPod; o enviándose mensajes de texto y haciendo planes para el fin de semana; o revisando su correo electrónico... Cualquier cosa, en lugar de estudiar.

Nos habían puestos deberes en tres materias al menos y yo me los había anotado con diligencia en mi diario escolar, a diferencia de la mayoría de mis compañeros, que parecían confiar alegremente en su memoria. Me dije que debería empezar ya para tenerlos al día siguiente, pero sabía que apenas me llevaría tiempo hacerlos y que difícilmente iban a plantearme un gran esfuerzo intelectual. Vamos, que estaban chupados. Seguro que me sabría la respuesta a todas las preguntas, así que la idea de ponerme maquinalmente a hacer los deberes me parecía una pérdida de tiempo. Aun así, arrastré con desgana la mochila a mi habitación.

A mí me había tocado la del desván, que quedaba en lo alto de la escalera y miraba al mar. Incluso con las ventanas cerradas se oía el rítmico sonido de las olas rompiendo contra las rocas. Había un estrecho balcón con una balaustrada de rejilla, una silla de mimbre y una mesita, desde donde se veían las barcas cabeceando en el agua. Me senté un rato allí con el rotulador en la mano y el libro de psicología delante, abierto por una página con el epígrafe «Respuesta galvánica de la piel».

Necesitaba mantener ocupada mi mente, aunque sólo fuera para dejar de pensar en mis encuentros con el delegado de Bryce Hamilton. Era como si lo tuviese presente todo el rato: sus ojos penetrantes, su corbata ligeramente ladeada. Las palabras de Molly no dejaban de resonar en mi interior: «Yo, de ti, no iría a por él... Lleva demasiado lastre encima». Me preguntaba por qué me sentía tan intrigada, y por mucho que trataba de quitármelo de la cabeza, no lo conseguía. Me obligaba a pensar en otras cosas, pero pasaba un rato y allí lo tenía otra vez: su rostro flotaba en la página que trataba de leer; la imagen de su muñeca con aquel cordón de cuero trenzado interrumpía mis pensamientos. Me habría gustado saber cómo era Emily; y cómo te sentías al perder a una persona que amabas.

Fingí que ordenaba un poco la habitación antes de bajar a la cocina y ofrecerle mi ayuda a Gabriel para preparar la cena. Él seguía sorprendiéndonos a Ivy y a mí con aquella dedicación abnegada a la tarea de cocinar para todos. En parte lo hacía para mimarnos, pero también porque le parecía fascinante manipular y cocinar los alimentos. Como la música, aquello le proporcionaba un desahogo creativo. Cuando entré, estaba de pie junto a la mesa de mármol blanco, limpiando un surtido de setas con un trapo a cuadros. De vez en cuando fruncía el ceño y consultaba un libro de cocina apoyado en un atril metálico. Había puesto en remojo, en un cuenco pequeño, unos trozos de una cosa que parecía corteza oscura. Leí por encima de su hombro el nombre de la receta: *risotto* de setas. Parecía algo ambicioso para un principiante, pero enseguida tuve que recordarme a mí misma que él era Gabriel, el arcángel, y que siempre destacaba en todo aunque no tuviera práctica.

—Espero que te gusten las setas —dijo, viendo mi expresión de curiosidad.

54

—Me figuro que estamos a punto de descubrirlo —respondí, sentándome a la mesa. Me gustaba mirarlo trabajar y siempre me asombraba la destreza y la precisión de sus movimientos. En sus manos, las cosas más corrientes parecían transformarse. La transición de ángel a humano había sido mucho menos brusca para Gabe e Ivy; ellos parecían ajenos a las trivialidades cotidianas, pero al mismo tiempo daban la impresión de saber muy bien lo que se hacían. Además, se habían acostumbrado en el Reino a percibirse mutuamente y habían conservado esa facultad durante nuestra misión. Yo les resultaba mucho más difícil de descifrar, y eso les preocupaba.

—¿Te apetece un té? —le dije, deseosa de colaborar—. ¿Dónde está Ivy?

Justo en ese momento entró ella en la cocina, con unos pantalones de lino, una camiseta sin mangas y el pelo todavía húmedo de la ducha. Había algo diferente en su aspecto: ya no tenía el mismo aire soñador de antes y me pareció ver una expresión decidida en su rostro. Daba la impresión de tener otras cosas en la cabeza, porque en cuanto le serví el té, se excusó y

salió de nuevo. La había visto aquella tarde, además, escribiendo una página tras otra en su cuaderno.

—¿Le pasa algo? —le pregunté a Gabriel.

—Sólo pretende que las cosas sigan avanzando —respondió.

No tenía ni idea de cómo pensaba Ivy lograr una cosa así, pero envidiaba su manera de marcarse objetivos. ¿Cuándo descubriría yo la mía? ¿Cuándo tendría la satisfacción de saber que había hecho algo que valiera la pena?

—¿Y cómo va a conseguirlo?

—Ya sabes que a tu hermana nunca le faltan ideas. Seguro que se le ocurrirá algo.

¿Se estaría haciendo el misterioso? ¿No se daba cuenta de que me sentía totalmente perdida?

—¿Y yo qué debería hacer? —pregunté, aunque me salió un tonillo irascible que yo misma aborrecía.

—Ya se te ocurrirá —dijo—. Date tiempo.

—¿Y mientras?

—¿No decías que querías experimentar lo que es ser un adolescente? —Me dirigió una sonrisa animosa, disolviendo como de costumbre todo mi malestar.

Eché un vistazo al cuenco donde había aquellas tiras negras flotando en un líquido turbio.

—¿Esta corteza forma parte de la receta?

—Son setas *porcini*. Hay que ponerlas en remojo antes de cocinarlas.

—Mmm... parecen deliciosas —mentí.

—Se consideran un manjar. No te preocupes, te encantarán.

Le pasé una taza de té y seguí observándolo para entretenerme. Sofoqué un grito cuando el afilado cuchillo que estaba usando se le escapó y le hizo un corte en la punta del dedo índice. La visión de la sangre me sobresaltó, como un recordatorio alarmante de la vulnerable naturaleza de nuestros cuerpos. Aquella sangre cálida y escarlata era tan humana que resultaba muy extraño verla brotar de la piel de mi hermano. Pero Gabriel ni siquiera se había estremecido. Simplemente se llevó el dedo a los labios y, cuando lo retiró, ya no quedaba ni

rastros de la herida. Se lavó las manos con el dispensador de jabón del fregadero y continuó cortando meticulosamente.

Tomé un trozo del apio que iba a formar parte de la ensalada y lo mastiqué, abstraída. La gracia del apio, pensé, debía de estar en la textura más que en el sabor, porque a decir verdad no tenía mucho gusto, aunque resultaba crujiente. Por qué lo comía la gente voluntariamente no me cabía en la cabeza, dejando aparte su valor nutritivo. Una buena nutrición implicaba un cuerpo más sano y también una vida más larga. Los humanos le tenían un miedo exagerado a la muerte, aunque no podía esperarse otra cosa dada su ignorancia sobre lo que venía después. Ya descubrirían a su debido tiempo que no había nada que temer.

La cena de Gabriel resultó, como siempre, un éxito. Incluso Ivy, que no disfrutaba realmente de la comida, se quedó impresionada.

—Otro gran triunfo culinario —dijo después del primer bocado.

56

—Un sabor increíble —añadí por mi parte.

La comida era otra de las maravillas que ofrecía la vida terrenal. No dejaba de asombrarme que cada alimento pudiera tener una textura y un sabor tan distinto —amargo, agrio, salado, cremoso, ácido, dulce, picante—, e incluso a veces más de uno al mismo tiempo. Algunos alimentos me gustaban y otros me daban ganas de enjuagarme la boca, pero todos resultaban una experiencia única.

Gabriel despachó con modestia nuestros elogios y la conversación versó una vez más sobre las novedades de la jornada.

—Bueno, un día menos. Creo que ha ido bastante bien, aunque no me esperaba encontrar tantos estudiantes de música.

—No te sorprendas si muchas experimentan un repentino interés por la música después de verte —dijo Ivy, sonriendo.

—Bueno, al menos eso me proporciona un material con el que trabajar —respondió Gabe—. Si son capaces de ver la belleza de la música, también serán capaces de descubrirla en los demás e incluso en el mundo.

—¿Pero no te aburres en clase? —le pregunté—. Quiero decir, tú ya tienes acceso a todo el conocimiento humano.

—Supongo que él no se concentra en el contenido —dijo Ivy—. Más bien trata de captar otras cosas.

A veces mi hermana tenía una manera irritante de hablar con acertijos, como si esperase que todo el mundo la entendiera.

—Bueno, yo sí me he aburrido —insistí—. Sobre todo en química. He llegado a la conclusión de que no es lo mío.

Mi manera de decirlo le arrancó a Gabriel una risita gutural.

—Bueno, habrá que descubrir qué es lo tuyo. Ve probando, a ver cuál te gusta más.

—Me gusta la literatura —dije—. Hemos empezado a ver la adaptación al cine de *Romeo y Julieta*.

No se lo expliqué a ellos, pero la verdad era que aquella historia de amor me fascinaba. El hecho de que los dos protagonistas quedaran tan profunda e irrevocablemente enamorados después de su primer encuentro me había provocado una gran curiosidad por saber lo que debía de sentirse en el amor humano.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Ivy.

—Es impresionante. Aunque la profesora se ha puesto furiosa cuando uno de los chicos ha hecho un comentario sobre la señora Capuleto.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que era una MQMF, cosa que debe de ser ofensiva, porque la señorita Castle lo ha llamado gamberro y lo ha sacado de clase. Gabe, ¿qué es una MQMF?

Ivy sofocó la risa tapándose la boca con una servilleta, mientras Gabriel reaccionaba de un modo que nunca le había visto. Se puso como la grana y se removió incómodo en su silla.

—Son las siglas de una obscenidad de adolescentes, me imagino —musitó.

—Ya, pero ¿qué significa?

Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas.

—Es un término que usan los adolescentes varones para describir a una mujer que es madre y, al mismo tiempo, atractiva.

Carraspeó y se levantó a toda prisa para rellenar la jarra de agua.

—Seguro que esas iniciales significan algo —insistí.

—Sí —respondió Gabriel—. ¿Tú te acuerdas, Ivy?

—Creo que significa «madre que me... fascina» —dijo mi hermana.

—¿Sólo eso? —exclamé—. Tanto alboroto por nada. La verdad, creo que la señorita Castle debería relajarse un poquito.